



Joseph Conrad

Amy Foster

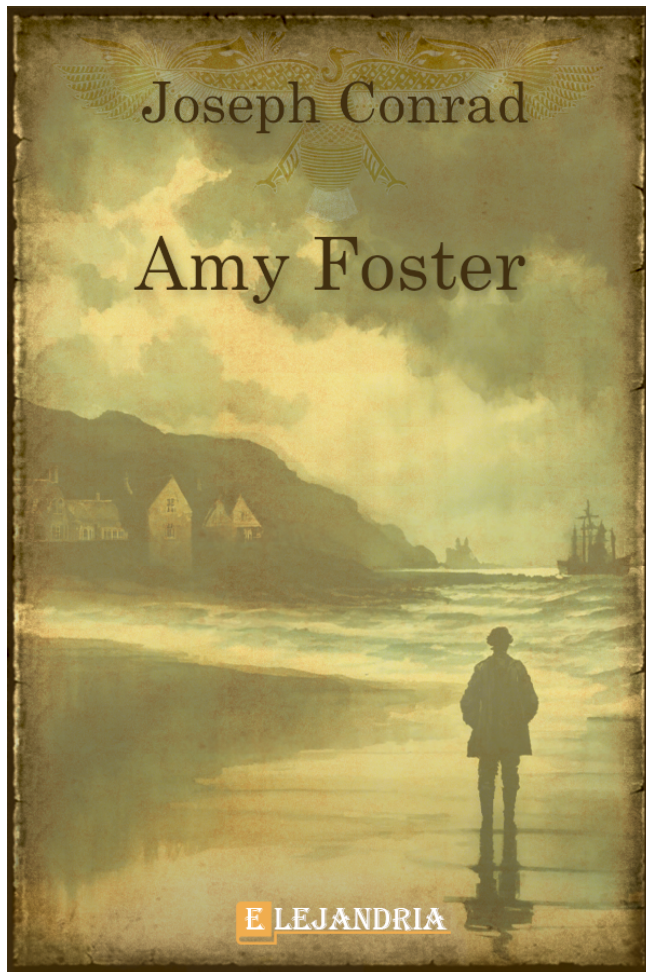


E LEJANDRIA

Joseph Conrad

Amy Foster

E LEJANDRIA



LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

AMY FOSTER

JOSEPH CONRAD

PUBLICADO: 1901
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

AMY FOSTER

JOSEPH CONRAD

Kennedy es un médico rural y vive en Colebrook, en las costas de Eastbay. El terreno elevado que se levanta abruptamente detrás de los techos rojos del pequeño pueblo presiona la pintoresca calle principal contra el muro que la protege del mar. Más allá del muro del mar, se extiende por millas en un vasto y regular arco la playa desolada de guijarros, con el pueblo de Brenzett destacándose oscuramente al otro lado del agua, un campanario entre un grupo de árboles; y aún más lejos, la columna perpendicular de un faro, que a la distancia no parece más grande que un lápiz, marca el punto de desaparición de la tierra. El terreno detrás de Brenzett es bajo y plano, pero la bahía está bastante bien protegida de las olas, y ocasionalmente un gran barco, detenido por el viento o por el mal tiempo, utiliza el fondo de anclaje a milla y media al norte de donde te encuentras si estás en la puerta trasera del "Ship Inn" en Brenzett. Un molino de viento en ruinas cerca de allí levanta sus brazos destrozados desde un montículo que no es más alto que un montón de basura, y una torre Martello agazapada en la orilla del agua a media milla al sur de las casas de los guardacostas, son conocidos por los capitanes de embarcaciones pequeñas. Estos son los marcadores marítimos oficiales para el área de fondo confiable representada en las cartas náuticas por un óvalo irregular de puntos

que encierra varios números seis, con un pequeño ancla grabada entre ellos, y la leyenda "barro y conchas" sobre todo.

La cresta de la meseta sobresale sobre la torre cuadrada de la Iglesia de Colebrook. La pendiente es verde y recorrida por un camino blanco. Ascendiendo por este camino, se abre un valle ancho y poco profundo, un vasto surco verde de pastos y setos que se fusionan tierra adentro en una vista de tonos púrpuras y líneas fluidas que cierran la vista.

En este valle, hasta Brenzett y Colebrook y hasta Darnford, el pueblo de mercado a catorce millas de distancia, se encuentra la práctica de mi amigo Kennedy. Él había comenzado su vida como cirujano en la Marina, y luego había sido el compañero de un famoso viajero, en los días cuando todavía había continentes con interiores inexplorados. Sus trabajos sobre la fauna y la flora lo hicieron conocido ante las sociedades científicas. Y ahora había venido a una práctica rural, por elección. La penetrante capacidad de su mente, actuando como un fluido corrosivo, había destruido su ambición, me imagino. Su inteligencia es de orden científico, de hábito investigador, y de esa curiosidad insaciable que cree que hay una partícula de verdad general en cada misterio.

Hace ya bastantes años, a mi regreso del extranjero, me invitó a quedarme con él. Acudí con gusto, y como no podía descuidar a sus pacientes para hacerme compañía, me llevó en sus rondas, unos treinta millas o más en una tarde, a veces. Yo lo esperaba en los caminos; el caballo alcanzaba las ramas frondosas y, sentado en el carrito, podía oír la risa de Kennedy a través de la puerta entreabierta de alguna cabaña. Tenía una risa grande y cordial que habría encajado en un hombre dos veces su tamaño, un modo enérgico, un rostro bronceado y un par de ojos grises, profundamente atentos. Tenía el talento de hacer que la gente hablara libremente con él, y una paciencia inagotable para escuchar sus historias.

Un día, mientras trotábamos fuera de un gran pueblo hacia un tramo de camino sombreado, vi a nuestra izquierda una pequeña

casa negra, con ventanas de cristales en forma de diamante, una enredadera en la pared del extremo, un techo de tejas y algunas rosas trepando por el frágil enrejado del diminuto porche. Kennedy redujo la marcha a paso. Una mujer, a pleno sol, estaba colgando una manta mojada sobre una cuerda tendida entre dos viejos manzanos. Y mientras el caballo castaño, de cola cortada y cuello largo, intentando liberar su cabeza, tiraba de la mano izquierda cubierta por un grueso guante de piel de perro, el doctor alzó la voz por encima del seto: "¿Cómo está su hijo, Amy?"

Tuve tiempo de ver su rostro apagado, rojo, no con un rubor de vergüenza, sino como si sus planas mejillas hubieran sido vigorosamente abofeteadas, y de observar su figura rechoncha, su escaso cabello marrón polvoriento recogido en un nudo apretado en la parte trasera de la cabeza. Parecía bastante joven. Con un distintivo ahogo en su respiración, su voz sonó baja y tímida.

"Está bien, gracias."

Volviendo al trote, comenté: "Un joven paciente suyo", y el doctor, dando un toque distraído al castaño, murmuró: "Solía serlo su esposo."

"Ella parece una criatura aburrida", comenté sin interés.

"Precisamente", dijo Kennedy. "Es muy pasiva. Basta con mirar sus manos rojas colgando al final de esos brazos cortos, esos ojos marrones prominentes y lentos, para conocer la inercia de su mente, una inercia que uno pensaría que la hace eternamente segura de todas las sorpresas de la imaginación. Y sin embargo, ¿quién de nosotros está seguro? De todos modos, tal como la ves, tuvo suficiente imaginación para enamorarse. Es hija de un Isaac Foster, que de pequeño agricultor se convirtió en pastor; el comienzo de sus desgracias data de su matrimonio a la fuga con la cocinera de su padre viudo, un ganadero bien situado y apoplético, quien apasionadamente borró su nombre de su testamento y se le había oído amenazar su vida. Pero este viejo asunto, lo suficientemente escandaloso como para servir de motivo para una tragedia griega,

surgió de la similitud de sus caracteres. Hay otras tragedias, menos escandalosas y de una sutileza más dolorosa, que surgen de diferencias irreconciliables y de ese miedo a lo Incomprensible que cuelga sobre todas nuestras cabezas, sobre todas nuestras cabezas..."

El cansado castaño cayó al paso; y el borde del sol, todo rojo en un cielo sin manchas, tocó familiarmente la cima lisa de un campo arado cerca del camino como lo había visto innumerables veces tocar el horizonte distante del mar. La uniformidad marrón del campo arado brilló con un tinte rosado, como si los terrones pulverizados hubieran sudado en minúsculas perlas de sangre el trabajo de innumerables labradores. Desde el borde de un bosquecillo, un carro con dos caballos rodaba suavemente a lo largo de la cresta. Elevado sobre nuestras cabezas en la línea del horizonte, se destacaba contra el sol rojo, triunfalmente grande, enorme, como un carro de gigantes tirado por dos caballos de paso lento de proporciones legendarias. Y la figura torpe del hombre que caminaba al frente del caballo líder se proyectaba sobre el fondo del Infinito con una tosquedad heroica. El extremo del látigo del carretero temblaba alto en el azul. Kennedy disertaba.

"Ella es la mayor de una familia numerosa. A la edad de quince años, la pusieron a servir en la granja New Barns. Atendí a la Sra. Smith, la esposa del arrendatario, y vi a esa chica allí por primera vez. La Sra. Smith, una persona distinguida con una nariz afilada, la hacía ponerse un vestido negro todas las tardes. No sé qué me indujo a fijarme en ella. Hay rostros que llaman tu atención por una curiosa falta de definición en su aspecto general, como cuando caminas en la niebla y observas atentamente una forma vaga que, después de todo, puede no ser más curiosa o extraña que un letrero. La única peculiaridad que percibí en ella fue una ligera vacilación en su habla, una especie de tartamudeo preliminar que desaparece con la primera palabra. Cuando le hablaban bruscamente, solía perder la cabeza de inmediato; pero su corazón era de los más bondadosos. Nunca se le había oído expresar aversión por un solo ser humano, y era tierna con cada criatura

viviente. Estaba dedicada a la Sra. Smith, al Sr. Smith, a sus perros, gatos, canarios; y en cuanto al loro gris de la Sra. Smith, sus peculiaridades ejercían sobre ella una fascinación positiva. Sin embargo, cuando ese pájaro exótico, atacado por el gato, chilló pidiendo ayuda con acentos humanos, ella salió corriendo al patio tapándose los oídos, y no impidió el crimen. Para la Sra. Smith esto era otra prueba de su estupidez; por otro lado, su falta de encanto, dado el conocido frivolidad del Sr. Smith, era una gran recomendación. Sus ojos cortos de vista se llenaban de lástima por un pobre ratón en una trampa, y una vez algunos niños la vieron de rodillas en el césped mojado ayudando a un sapo en apuros. Si es cierto, como dijo algún alemán, que sin fósforo no hay pensamiento, aún más cierto es que no hay bondad de corazón sin una cierta cantidad de imaginación. Ella tenía algo. Incluso tenía más de lo necesario para comprender el sufrimiento y conmoverse por la piedad. Se enamoró en circunstancias que no dejan lugar a dudas sobre el asunto; pues necesitas imaginación para formar una noción de la belleza en absoluto, y aún más para descubrir tu ideal en una forma no familiar.

"Cómo llegó a ella esta aptitud, de qué se alimentaba, es un misterio inescrutable. Nació en el pueblo y nunca había estado más lejos de él que Colebrook o quizás Darnford. Vivió cuatro años con los Smith. New Barns es una granja aislada a una milla de la carretera, y ella estaba contenta de mirar día tras día los mismos campos, hondonadas, elevaciones; los árboles y los setos; los rostros de los cuatro hombres de la granja, siempre los mismos, día tras día, mes tras mes, año tras año. Nunca mostró deseo de conversar y, según me parecía, no sabía cómo sonreír. A veces, en una bella tarde de domingo, se ponía su mejor vestido, un par de botas robustas, un gran sombrero gris adornado con una pluma negra (la he visto con esa gala), tomaba un parasol ridículamente delgado, saltaba dos estilos, caminaba por tres campos y doscientos metros de carretera, nunca más allá. Allí estaba la cabaña de los Foster. Ayudaba a su madre a dar el té a los niños pequeños, lavaba la loza, besaba a los más chicos y regresaba a la granja. Eso era

todo. Todo lo demás, todo el cambio, toda la relajación. Nunca parecía desear nada más. Y luego se enamoró. Se enamoró en silencio, obstinadamente, quizás sin remedio. Llegó lentamente, pero cuando llegó, funcionó como un hechizo poderoso; era amor como lo entendían los antiguos: un impulso irresistible y fatal, una posesión. Sí, estaba en ella llegar a estar embrujada y poseída por un rostro, por una presencia, fatalmente, como si hubiera sido una pagana adoradora de formas bajo un cielo jubiloso, y ser despertada finalmente de ese olvido misterioso de sí misma, de ese encantamiento, de ese transporte, por un miedo que se asemeja al terror inexplicable de un bruto..."

Con el sol colgando bajo en su límite occidental, la extensión de los pastizales enmarcada por los contraescarpes del terreno elevado adquirió un aspecto magnífico y sombrío. Una sensación de tristeza penetrante, como la que inspira una grave melodía, se desprendía del silencio de los campos. Los hombres con los que nos cruzábamos caminaban despacio, sin sonreír, con la mirada baja, como si la melancolía de una tierra sobrecargada hubiera pesado en sus pies, encorvado sus hombros, bajado sus miradas.

"Sí", dijo el doctor ante mi comentario, "uno pensaría que la tierra está bajo una maldición, ya que de todos sus hijos, aquellos que más se aferran a ella son toscos de cuerpo y tan pesados en su andar como si sus propios corazones estuvieran cargados con cadenas. Pero aquí, en este mismo camino, podrías haber visto entre estos hombres pesados a un ser ágil, flexible y de largas extremidades, recto como un pino con algo que lucha por ascender en su apariencia como si el corazón dentro de él fuera boyante. Quizás fue solo la fuerza del contraste, pero cuando pasaba junto a uno de estos aldeanos aquí, las suelas de sus pies no parecían tocarme el polvo del camino. Saltaba sobre los estilos, recorría estas laderas con una zancada larga y elástica que lo hacía notable a gran distancia, y tenía ojos negros y brillantes. Era tan diferente de la humanidad a su alrededor que, con su libertad de movimiento, su mirada suave y un poco sorprendida, su tez oliva y porte elegante,

su humanidad me sugería la naturaleza de una criatura del bosque. Venía de allí."

El doctor señaló con su látigo y, desde la cumbre del descenso visto sobre las copas onduladas de los árboles en un parque al lado del camino, apareció el nivel del mar muy por debajo de nosotros, como el suelo de un inmenso edificio incrustado con bandas de ondulaciones oscuras, con rastros tranquilos de brillo, terminando en una franja de agua vidriosa al pie del cielo. La ligera mancha de humo de un vapor invisible se desvanecía en la gran claridad del horizonte como el vaho de un aliento en un espejo; y, cerca de la costa, las velas blancas de un carguero, con la apariencia de desenredarse lentamente de debajo de las ramas, flotaban libres del follaje de los árboles.

"¿Naufragó en la bahía?", pregunté.

"Sí; era un náufrago. Un pobre emigrante de Europa Central rumbo a América y arrastrado a la costa aquí en una tormenta. Y para él, que no sabía nada de la tierra, Inglaterra era un país no descubierto. Pasó algún tiempo antes de que aprendiera su nombre; y por lo que sé, podría haber esperado encontrar bestias salvajes o hombres salvajes aquí, cuando, arrastrándose en la oscuridad sobre el muro del mar, rodó por el otro lado hacia un dique, donde fue otro milagro que no se ahogara. Pero luchó instintivamente como un animal bajo una red, y esta lucha ciega lo lanzó a un campo. De hecho, debió haber sido de una fibra más resistente de lo que parecía para soportar sin expirar tales golpes, la violencia de sus esfuerzos y tanto miedo. Más tarde, en su inglés roto que se parecía curiosamente al habla de un niño pequeño, me contó él mismo que puso su confianza en Dios, creyendo que ya no estaba en este mundo. Y verdaderamente, agregaría, ¿cómo iba a saberlo? Luchó contra la lluvia y el vendaval a gatas y finalmente se arrastró entre unas ovejas acurrucadas cerca de un seto. Huyeron en todas direcciones, balando en la oscuridad, y él dio la bienvenida al primer sonido familiar que escuchó en estas costas. Debieron haber sido las dos de la madrugada entonces. Y esto es todo lo que sabemos sobre

la manera de su desembarco, aunque no llegó desatendido de ninguna manera. Solo que su macabra compañía no comenzó a llegar a tierra hasta mucho más tarde en el día..."

El doctor recogió las riendas, hizo clic con la lengua; trotamos colina abajo. Luego, girando casi directamente, en una esquina aguda hacia la calle principal, resonamos sobre las piedras y llegamos a casa.

Tarde en la noche, Kennedy, rompiendo un hechizo de melancolía que se había apoderado de él, volvió a la historia. Fumando su pipa, recorría la larga habitación de un extremo a otro. Una lámpara de lectura concentraba toda su luz sobre los papeles en su escritorio; y, sentado junto a la ventana abierta, vi, después del día inmóvil y abrasador, el esplendor frígido de un mar brumoso yace inmóvil bajo la luna. Ni un susurro, ni un chapoteo, ni un movimiento de los guijarros, ni un paso, ni un suspiro subían desde la tierra abajo —ni un signo de vida excepto el aroma del jazmín trepador; y la voz de Kennedy, hablando detrás de mí, pasaba a través del amplio ventanal, para desvanecerse afuera en una quietud opulenta y fría.

Las historias de naufragios en tiempos antiguos nos hablan de mucho sufrimiento. A menudo, los náufragos solo eran salvados de ahogarse para morir miserablemente de hambre en una costa árida; otros sufrieron muertes violentas o esclavitud, atravesando años de existencia precaria con personas para quienes su extrañeza era objeto de sospecha, aversión o miedo. Leemos sobre estas cosas, y son muy lamentables. Es realmente duro para un hombre encontrarse como un extraño perdido, indefenso, incomprensible y de origen misterioso, en algún rincón oscuro de la tierra. Sin embargo, entre todos los aventureros náufragos en todas las partes salvajes del mundo, no hay ninguno, me parece, que haya tenido que sufrir un destino tan trágicamente simple como el hombre del que estoy hablando, el más inocente de los aventureros expulsado por el mar en la bahía de esta bahía, casi a la vista desde esta misma ventana.

"No sabía el nombre de su barco. De hecho, con el tiempo descubrimos que ni siquiera sabía que los barcos tenían nombres —'como la gente cristiana'; y cuando, un día, desde la cima de la colina Talfourd, contempló el mar abierto a su vista, sus ojos vagaban lejos, perdidos en un aire de sorpresa salvaje, como si nunca hubiera visto tal vista antes. Y probablemente no lo había hecho. Hasta donde pude entender, había sido empujado junto con muchos otros a bordo de un barco de emigrantes que estaba en la desembocadura del Elba, demasiado desconcertado para tomar nota de su entorno, demasiado cansado para ver algo, demasiado ansioso para que le importara. Los llevaron abajo al entrepuente y los encerraron desde el inicio. Era una vivienda de madera baja —decía— con vigas de madera en lo alto, como las casas de su país, pero se entraba bajando por una escalera. Era muy grande, muy frío, húmedo y sombrío, con lugares a modo de cajas de madera donde la gente tenía que dormir, unos sobre otros, y se mecía en todas direcciones todo el tiempo. Se metió en una de estas cajas y se acostó allí con la ropa con la que había dejado su casa muchos días antes, manteniendo su atado y su bastón a su lado. La gente gemía, los niños lloraban, el agua goteaba, las luces se apagaban, las paredes del lugar crujían y todo se sacudía tanto que en su pequeña caja uno no se atrevía a levantar la cabeza. Había perdido el contacto con su único compañero (un joven del mismo valle, decía), y todo el tiempo un gran ruido de viento continuaba afuera y caían golpes pesados —ibum! ibum! Una terrible enfermedad lo superó, hasta el punto de hacerlo descuidar sus oraciones. Además, no se podía decir si era de mañana o de tarde. Parecía ser siempre de noche en ese lugar.

"Antes de eso, había estado viajando mucho tiempo en la vía del tren. Miró por la ventana, que tenía un cristal maravillosamente claro, y los árboles, las casas, los campos y las largas carreteras parecían girar alrededor de él hasta que le marearon. Me dio a entender que en su viaje había visto innumerables multitudes de personas —naciones enteras— todas vestidas con ropa como la que usan los ricos. Una vez lo hicieron bajar del vagón y durmió una

noche en un banco en una casa de ladrillos con su atado bajo la cabeza; y una vez, durante muchas horas, tuvo que sentarse en un suelo de piedras planas medio dormido, con las rodillas levantadas y el atado entre los pies. Había un techo sobre él, que parecía hecho de vidrio y era tan alto que el pino más alto que había visto en su vida habría tenido espacio para crecer bajo él. Máquinas de vapor entraban por un extremo y salían por el otro. La gente pululaba más de lo que se puede ver en un día de fiesta alrededor de la Imagen milagrosa en el patio del Convento de las Carmelitas en la llanura donde, antes de dejar su hogar, llevó a su madre en un carro de madera —una anciana piadosa que quería ofrecer oraciones y hacer un voto por su seguridad. No pudo darme una idea de cuán grande, alta y llena de ruido, humo y penumbra, y clangor de hierro era el lugar, pero alguien le había dicho que se llamaba Berlín. Luego sonaron una campana, y otra máquina de vapor entró, y de nuevo lo llevaron de un lugar a otro a través de una tierra que cansaba sus ojos por su llanura sin una sola colina a la vista en ninguna parte. Otra noche la pasó encerrado en un edificio como un buen establo con una capa de paja en el suelo, cuidando su atado entre un montón de hombres, ninguno de los cuales podía entender ni una palabra de lo que decía. Por la mañana, los llevaron a todos a las orillas pedregosas de un río extremadamente ancho y lodoso, que no fluía entre colinas sino entre casas que parecían inmensas. Había una máquina de vapor que iba sobre el agua, y todos se subieron apretados, solo que ahora había muchas mujeres y niños que hacían mucho ruido. Caía una lluvia fría, el viento le soplabá en la cara; estaba empapado y le castañeteaban los dientes. Él y el joven del mismo valle se tomaron de la mano.

"Pensaban que los estaban llevando directamente a América, pero de repente la máquina de vapor golpeó contra el costado de algo parecido a una casa sobre el agua. Las paredes eran lisas y negras, y allí surgían, creciendo desde el techo como si fueran árboles desnudos en forma de cruces, extremadamente altos. Así le pareció en ese momento, pues nunca había visto un barco antes. Este era el barco que iba a nadar todo el camino hasta América. Las voces

gritaban, todo se balanceaba; había una escalera subiendo y bajando. Él subió a gatas, con un miedo mortal de caer al agua de abajo, que hacía un gran chapoteo. Se separó de su compañero, y cuando descendió al fondo de ese barco, su corazón pareció derretirse de repente dentro de él.

"Fue entonces también, como él me contó, que perdió el contacto de una vez por todas con uno de esos tres hombres que el verano anterior habían estado recorriendo todos los pueblos pequeños en las estribaciones de su país. Llegaban en los días de mercado conduciendo un carro de campesino, y establecían una oficina en una posada o en alguna otra casa de un judío. Eran tres, de los cuales uno con una barba larga parecía venerable; y tenían collares de tela roja alrededor del cuello y encaje dorado en las mangas como funcionarios del gobierno. Se sentaban con orgullo detrás de una mesa larga; y en la habitación contigua, para que la gente común no pudiera oír, guardaban una máquina de telégrafo astuta, a través de la cual podían hablar con el Emperador de América. Los padres se quedaban cerca de la puerta, pero los jóvenes de las montañas se agolpaban alrededor de la mesa haciendo muchas preguntas, pues había trabajo todo el año a tres dólares al día en América, y no había que hacer el servicio militar.

"Pero el Kaiser americano no aceptaba a cualquiera. ¡Oh, no! Él mismo tuvo grandes dificultades para ser aceptado, y el hombre venerable con uniforme tuvo que salir de la habitación varias veces para trabajar el telégrafo en su nombre. El Kaiser americano finalmente lo contrató a tres dólares, siendo él joven y fuerte. Sin embargo, muchos hombres capaces se echaron atrás, asustados por la gran distancia; además, solo aquellos que tenían algo de dinero podían ser llevados. Había algunos que vendían sus cabañas y sus tierras porque costaba mucho dinero llegar a América; pero entonces, una vez allí, tenías tres dólares al día, y si eras hábil podías encontrar lugares donde el oro verdadero se podía recoger del suelo. La casa de su padre estaba volviéndose demasiado llena. Dos de sus hermanos estaban casados y tenían hijos. Prometió enviar dinero a casa desde América por correo dos veces al año. Su

padre vendió una vaca vieja, un par de ponis manchados de montaña de su propia cría, y una parcela despejada de buen pasto en la ladera soleada de un paso cubierto de pinos a un posadero judío para pagar a la gente del barco que llevaba hombres a América para enriquecerse en poco tiempo."

"Debía ser realmente un aventurero de corazón, pues cuántas de las grandes empresas en la conquista de la tierra tuvieron como inicio justo ese tipo de trueque de la vaca paterna por el espejismo o el verdadero oro en la lejanía. Te he estado contando más o menos con mis propias palabras lo que aprendí de manera fragmentaria en el curso de dos o tres años, durante los cuales rara vez perdí la oportunidad de tener una charla amistosa con él. Me contó esta historia de su aventura con muchas muestras de dientes blancos y miradas vivaces de ojos negros, al principio en una especie de balbuceo ansioso de bebé, luego, a medida que adquiría el idioma, con gran fluidez, pero siempre con esa entonación cantarina, suave y al mismo tiempo vibrante que infundía un poder extrañamente penetrante en el sonido de las palabras más familiares del inglés, como si hubieran sido palabras de un lenguaje sobrenatural. Y siempre terminaba, con muchos movimientos enfáticos de cabeza, en esa sensación terrible de su corazón derritiéndose dentro de él en cuanto ponía un pie a bordo de ese barco. Después, pareció venir para él un período de ignorancia total, al menos en cuanto a los hechos. Sin duda, debió haber estado abominablemente mareado y profundamente infeliz —este aventurero tierno y apasionado, sacado así de su conocimiento, y sintiéndose amargamente solo mientras yacía en su litera de emigrante, pues tenía una naturaleza altamente sensible. Lo siguiente que sabemos de él con certeza es que había estado escondido en el corral de cerdos de Hammond al lado del camino a Norton, a seis millas, en línea recta, del mar. De estas experiencias no quería hablar: parecían haber quemado en su alma una especie de maravilla sombría e indignación. A través de los rumores del campo, que duraron muchos días después de su llegada, sabemos que los pescadores de West Colebrook habían sido perturbados y alarmados por fuertes golpes contra las paredes de

las cabañas de madera y por una voz que gritaba palabras extrañas y penetrantes en la noche. Varios de ellos incluso salieron, pero, sin duda, él huyó alarmado de repente por sus tonos rudos y enojados al llamarse unos a otros en la oscuridad. Una especie de frenesí debió haberlo ayudado a subir la empinada colina de Norton. Sin duda, fue él quien, a la mañana siguiente temprano, fue visto yaciendo (en un desmayo, diría yo) en la hierba al lado del camino por el transportista de Brenzett, quien realmente se bajó para mirar de cerca, pero se echó atrás, intimidado por la perfecta inmovilidad y por algo extraño en el aspecto de ese vagabundo, durmiendo tan tranquilo bajo las lluvias. A medida que avanzaba el día, algunos niños entraron corriendo a la escuela en Norton tan asustados que la maestra salió e increpó a un 'hombre de aspecto horrible' en el camino. Él se alejó cabizbajo, durante unos pasos, y luego de repente corrió con una rapidez extraordinaria. El conductor del carro de leche del Sr. Bradley no ocultó que había azotado con su látigo a un tipo de gitano peludo que, al saltar en un giro del camino cerca de los Vents, intentó agarrar la brida del pony. Y le dio un buen golpe también, justo en la cara, dijo, que lo hizo caer en el barro mucho más rápido de lo que había saltado; pero fue buena media milla antes de que pudiera detener al pony. Quizás, en sus desesperados esfuerzos por obtener ayuda y en su necesidad de ponerse en contacto con alguien, el pobre diablo había intentado detener el carro. También tres niños confesaron después haber tirado piedras a un vagabundo raro, andando todo mojado y embarrado, y, al parecer, muy borracho, en el estrecho y profundo camino junto a las caleras. Todo esto fue tema de conversación en tres pueblos durante días; pero tenemos el testimonio incuestionable de la Sra. Finn (la esposa del carretero de Smith) de que lo vio saltar el muro bajo del corral de cerdos de Hammond y tambalearse directamente hacia ella, balbuceando en voz alta en un tono que era suficiente para morir de miedo. Teniendo al bebé con ella en un cochecito, la Sra. Finn le gritó que se alejara, y como él insistió en acercarse, lo golpeó valientemente con su paraguas en la cabeza y, sin mirar atrás ni una vez, corrió como el viento con el cochecito hasta la primera casa del pueblo. Se detuvo entonces, sin aliento, y

habló con el viejo Lewis, que estaba martillando en un montón de piedras; y el viejo, quitándose sus enormes gafas de alambre negras, se levantó sobre sus piernas temblorosas para mirar donde ella señalaba. Juntos siguieron con la mirada la figura del hombre corriendo por un campo; lo vieron caer, levantarse y seguir corriendo, tambaleándose y agitando los brazos por encima de su cabeza, en dirección a la granja New Barns. Desde ese momento está claramente en las redes de su destino oscuro y conmovedor. No hay duda después de esto de lo que le sucedió. Todo es cierto ahora: el terror intenso de la Sra. Smith; la sólida convicción de Amy Foster, mantenida contra el ataque nervioso de la otra, de que el hombre 'no quería hacer daño'; la exasperación de Smith (al regresar del mercado de Darnford) al encontrar al perro ladrando hasta desmayarse, la puerta trasera cerrada, su esposa histérica; y todo por un desafortunado vagabundo sucio, supuestamente acechando incluso entonces en su establo. ¿Lo estaba? Él le enseñaría a asustar a las mujeres.

"Smith es notoriamente temperamental, pero la vista de alguna criatura indefinida y embarrada, sentada con las piernas cruzadas entre un montón de paja suelta, balanceándose de un lado a otro como un oso en una jaula, le hizo detenerse. Luego, este vagabundo se levantó silenciosamente ante él, una masa de barro y suciedad de pies a cabeza. Smith, solo entre sus pilas con esta aparición, en el crepúsculo tormentoso resonando con los ladridos enfurecidos del perro, sintió el temor de una extrañeza inexplicable. Pero cuando aquel ser, separando con sus manos negras los largos mechones enmarañados que colgaban frente a su rostro, como quien separa las dos mitades de una cortina, lo miró con ojos salvajes, brillantes, negros y blancos, la rareza de este encuentro silencioso realmente lo dejó perplejo. Ha admitido desde entonces (pues la historia ha sido un tema legítimo de conversación por aquí durante años) que retrocedió más de un paso. Luego, una repentina ráfaga de palabras rápidas y sin sentido lo convenció de inmediato de que tenía que tratar con un lunático escapado. De hecho, esa impresión nunca se desvaneció completamente. Smith no ha renunciado en su corazón a

su convicción secreta de la esencial locura del hombre hasta el día de hoy.

"A medida que la criatura se le acercaba, balbuceando de una manera desconcertante, Smith (sin saber que estaba siendo tratado como 'señorío gracioso' y conjurado en el nombre de Dios a proporcionar comida y refugio) seguía hablando con firmeza pero suavemente, y retrocediendo todo el tiempo hacia el otro patio. Al final, aprovechando su oportunidad, con un cargo repentino lo empujó de cabeza al cobertizo de madera, y de inmediato corrió el cerrojo. Luego se secó la frente, aunque el día estaba frío. Había hecho su deber para con la comunidad al encerrar a un maniático vagabundo y probablemente peligroso. Smith no es para nada un hombre duro, pero su cerebro solo tenía espacio para esa idea de locura. No tenía suficiente imaginación para preguntarse si el hombre podría estar muriendo de frío y hambre. Mientras tanto, al principio, el maniático hizo mucho ruido en el cobertizo. La Sra. Smith gritaba en el piso de arriba, donde se había encerrado en su dormitorio; pero Amy Foster sollozaba lastimosamente en la puerta de la cocina, retorciéndose las manos y murmurando, '¡No, no!'. Me atrevo a decir que Smith tuvo una noche difícil con un ruido y otro, y esta voz inquietante y persistente gritando obstinadamente a través de la puerta solo añadía a su irritación. No podría haber relacionado a este lunático problemático con el hundimiento de un barco en Eastbay, del cual había habido un rumor en el mercado de Darnford. Y me atrevo a decir que el hombre dentro había estado muy cerca de la locura esa noche. Antes de que su excitación colapsara y se desmayara, se estaba lanzando violentamente en la oscuridad, rodando sobre unos sacos sucios y mordiéndose los puños con rabia, frío, hambre, asombro y desesperación.

"Él era un montañés de la cadena oriental de los Cárpatos, y el buque que se hundió la noche anterior en Eastbay era el barco de emigrantes de Hamburgo Herzogin Sophia-Dorothea, de triste memoria.

"Unos meses después, pudimos leer en los periódicos los relatos sobre las 'Agencias de Emigración' falsas entre la población campesina esclava en las provincias más remotas de Austria. El objetivo de estos sinvergüenzas era apoderarse de las casas de la gente pobre e ignorante, y estaban en connivencia con los usureros locales. Exportaban a sus víctimas principalmente a través de Hamburgo. En cuanto al barco, lo había observado desde esta misma ventana, avanzando a la ceñida bajo velas reducidas hacia la bahía en una tarde oscura y amenazante. Fondeó correctamente, según la carta náutica, frente a la estación de guardacostas de Brenzett. Recuerdo que antes de que cayera la noche miré de nuevo las siluetas de sus mástiles y aparejos que se destacaban oscuros y puntiagudos sobre un fondo de nubes desgarradas y pizarrosas como otra espira más delgada a la izquierda de la torre de la iglesia de Brenzett. Por la noche el viento aumentó. A medianoche podía oír en mi cama las ráfagas terribles y los sonidos de un diluvio arrasador."

"En ese momento, los guardacostas creyeron ver las luces de un barco de vapor sobre el área de anclaje. En un instante, desaparecieron; pero está claro que otro barco de algún tipo había intentado refugiarse en la bahía en esa noche terrible y ciega, había embestido el barco alemán por el costado (una brecha, como uno de los buzos me dijo después, 'por la que podrías navegar una barcaza del Támesis'), y luego había salido, ya sea indemne o dañado, quién sabe; pero había salido, desconocido, no visto y fatal, para perecer misteriosamente en el mar. De ella nunca se supo nada, y sin embargo, la búsqueda que se hizo en todo el mundo la habría encontrado si hubiera existido en alguna parte sobre la faz de las aguas.

"Una completitud sin una pista, y un silencio sigiloso como de un crimen ejecutado con limpieza, caracterizan este desastre asesino, que, como recordarás, tuvo su macabra celebridad. El viento habría impedido que los gritos más fuertes llegaran a la costa; evidentemente no hubo tiempo para señales de socorro. Fue una muerte sin ningún tipo de alboroto. El barco de Hamburgo, al

llenarse de repente, volcó mientras se hundía, y al amanecer no se veía ni el extremo de un mástil sobre el agua. Se notó su ausencia, por supuesto, y al principio los guardacostas supusieron que había arrastrado su ancla o partido su cadena en algún momento durante la noche, y había sido arrastrada mar adentro. Luego, después de que la marea cambiara, el naufragio debió haberse desplazado un poco y liberado algunos de los cuerpos, porque un niño —un pequeño niño rubio con un vestido rojo— llegó a la costa frente a la torre Martello. Por la tarde, podías ver a lo largo de tres millas de playa figuras oscuras con piernas desnudas entrando y saliendo de la espuma revuelta, y hombres de aspecto rudo, mujeres de rostro duro, niños, en su mayoría rubios, siendo llevados, rígidos y goteando, en camillas, en varas, en escaleras, en una larga procesión pasando por la puerta del 'Ship Inn', para ser colocados en fila bajo el muro norte de la iglesia de Brenzett.

"Oficialmente, el cuerpo de la niña con el vestido rojo es lo primero que llegó a la costa de ese barco. Pero tengo pacientes entre la población marinera de West Colebrook y, extraoficialmente, me informan que muy temprano esa mañana, dos hermanos, que bajaron a cuidar su bote arrastrado en la playa, encontraron, bastante lejos de Brenzett, un gallinero de barco común y corriente tirado en la orilla, alto y seco, con once patos ahogados dentro. Sus familias se comieron las aves y el gallinero fue partido en leña con un hacha. Es posible que un hombre (suponiendo que estuviera en cubierta en el momento del accidente) podría haber flotado hasta la orilla en ese gallinero. Podría. Admito que es improbable, pero allí estaba el hombre —y durante días, es más, durante semanas— no se nos ocurrió que teníamos entre nosotros al único alma viva que había escapado de ese desastre. El mismo hombre, incluso cuando aprendió a hablar de manera inteligible, pudo contarnos muy poco. Recordaba que se había sentido mejor (después de que el barco anclara, supongo), y que la oscuridad, el viento y la lluvia le quitaban el aliento. Esto parece indicar que había estado en cubierta en algún momento durante esa noche. Pero no debemos olvidar que había sido sacado de su conocimiento, que había estado mareado y

encerrado abajo durante cuatro días, que no tenía una noción general de un barco o del mar y, por lo tanto, no podría tener una idea definitiva de lo que le estaba sucediendo. Conocía la lluvia, el viento, la oscuridad; entendía el balido de las ovejas, y recordaba el dolor de su miseria y desdicha, su asombro desconsolado de que no fuera visto ni entendido, su consternación al descubrir que todos los hombres estaban enojados y todas las mujeres eran feroces. Se había acercado a ellos como un mendigo, es cierto, dijo; pero en su país, incluso si no daban nada, hablaban suavemente a los mendigos. A los niños en su país no se les enseñaba a lanzar piedras a quienes pedían compasión. La estrategia de Smith lo superó completamente. El cobertizo de madera presentaba el horrible aspecto de un calabozo. ¿Qué le harían a continuación? ... No es de extrañar que Amy Foster apareciera a sus ojos con el halo de un ángel de luz. La chica no había podido dormir pensando en el pobre hombre, y por la mañana, antes de que los Smith se levantaran, se deslizó por el patio trasero. Sosteniendo la puerta del cobertizo de madera entreabierta, miró hacia adentro y le extendió medio pan de pan blanco —'como el pan que comen los ricos en mi país', solía decir él.

"Ante esto, él se levantó lentamente de entre todo tipo de basura, rígido, hambriento, tembloroso, miserable y dudoso. '¿Puedes comer esto?' preguntó ella con su voz suave y tímida. Él debió haberla tomado por una 'dama graciosa'. Devoró con ferocidad, y las lágrimas caían sobre la corteza. De repente, dejó caer el pan, le agarró la muñeca y le imprimió un beso en la mano. Ella no se asustó. A través de su condición desamparada, observó que era guapo. Cerró la puerta y caminó lentamente de regreso a la cocina. Mucho más tarde, le contó a la Sra. Smith, quien se estremeció ante la mera idea de ser tocada por esa criatura.

"A través de este acto de piedad impulsiva, fue reintroducido dentro del ámbito de las relaciones humanas con su nuevo entorno. Nunca lo olvidó, nunca."

Esa misma mañana, el anciano señor Swaffer (el vecino más cercano de Smith) vino a dar su consejo y terminó llevándose. Él se mantenía inestable sobre sus piernas, manso y cubierto de barro medio seco, mientras los dos hombres hablaban a su alrededor en un idioma incomprensible. La señora Smith se había negado a bajar hasta que el loco estuviera fuera de la propiedad; Amy Foster, desde dentro de la oscura cocina, observaba a través de la puerta trasera abierta; y él obedecía las señas que le hacían lo mejor que podía. Pero Smith estaba lleno de desconfianza. "¡Cuidado, señor! Puede ser toda su astucia", gritaba repetidamente en un tono de advertencia. Cuando el señor Swaffer puso en marcha a la yegua, el deplorable ser sentado humildemente a su lado, por debilidad, casi se cae por la parte trasera del carro de dos ruedas alto. Swaffer lo llevó directamente a casa. Y es entonces cuando yo entro en escena.

"Me llamaron mediante el simple proceso del anciano haciendo señas con su dedo índice sobre la puerta de su casa mientras yo pasaba conduciendo. Me bajé, por supuesto.

"'Tengo algo aquí', murmuró, guiándome hacia un cobertizo a cierta distancia de sus otros edificios agrícolas.

"Fue allí donde lo vi por primera vez, en una habitación larga y baja tomada del espacio de lo que parecía un cochera. Estaba desnuda y encalada, con una pequeña abertura cuadrada envidriada con un cristal agrietado y polvoriento en su extremo más lejano. Yacía de espaldas sobre un jergón de paja; le habían dado un par de mantas de caballo, y parecía haber gastado el resto de su fuerza en el esfuerzo de limpiarse. Estaba casi sin habla; su respiración rápida bajo las mantas subidas hasta su barbilla, sus ojos negros inquietos y brillantes me recordaban a un pájaro salvaje atrapado en una trampa. Mientras lo examinaba, el viejo Swaffer se quedaba en silencio junto a la puerta, pasando las puntas de sus dedos por su labio superior afeitado. Di algunas indicaciones, prometí enviar una botella de medicina y, naturalmente, hice algunas preguntas.

"'Smith lo atrapó en el establo de New Barns', dijo el viejo de manera deliberada e impasible, como si el otro hubiera sido

realmente una especie de animal salvaje. 'Así es como lo conseguí. Es toda una curiosidad, ¿no es así? Ahora dime, doctor, tú que has viajado por todo el mundo, ¿no crees que tenemos aquí un poco de hindú?'

"Me sorprendió mucho. Su largo cabello negro esparcido sobre la almohada de paja contrastaba con la palidez oliva de su rostro. Se me ocurrió que podría ser vasco. No necesariamente tenía que entender español; pero lo intenté con las pocas palabras que sé, y también con algo de francés. Los sonidos susurrados que capté al inclinar mi oído hacia sus labios me desconcertaron por completo. Esa tarde, las jóvenes del Rectorado (una de ellas leía a Goethe con un diccionario y la otra había luchado con Dante durante años), al venir a ver a la señorita Swaffer, probaron su alemán e italiano con él desde la puerta. Retrocedieron, un poco asustadas por la avalancha de palabras apasionadas que, girándose en su jergón, les lanzó. Admitieron que el sonido era agradable, suave, musical, pero, en conjunto con su aspecto, quizás resultaba impactante, tan excitable, tan completamente diferente a cualquier cosa que uno hubiera escuchado antes. Los chicos del pueblo trepaban al banco para asomarse por la pequeña abertura cuadrada. Todos se preguntaban qué haría el señor Swaffer con él.

"Simplemente lo mantuvo."

"Swaffer sería considerado excéntrico si no fuera tan respetado. Te dirán que el señor Swaffer se queda despierto hasta las diez de la noche para leer libros, y también te dirán que puede escribir un cheque por doscientas libras sin pensarlo dos veces. Él mismo te diría que los Swaffer han sido propietarios de tierras entre este lugar y Darnford durante estos trescientos años. Hoy debe tener ochenta y cinco años, pero no parece más viejo que cuando llegué aquí por primera vez. Es un gran criador de ovejas y comercia extensamente con ganado. Asiste a los días de mercado en millas a la redonda con cualquier tipo de clima, y conduce sentado, inclinado sobre las riendas, su cabello gris y largo rizándose sobre el cuello de su abrigo cálido, y con una manta de cuadros verdes alrededor de las piernas.

La calma de la edad avanzada da solemnidad a su manera de ser. Está completamente afeitado; sus labios son delgados y sensibles; algo rígido y monárquico en la disposición de sus rasgos confiere cierta elevación al carácter de su rostro. Se sabe que ha conducido millas bajo la lluvia para ver una nueva variedad de rosa en el jardín de alguien, o un colosal repollo cultivado por un campesino. Le encanta escuchar o ver algo que él llama 'exótico'. Quizás fue justamente ese carácter exótico del hombre lo que influyó en el viejo Swaffer. Quizás fue solo un capricho inexplicable. Todo lo que sé es que al cabo de tres semanas vi al lunático de Smith cavando en el huerto de Swaffer. Habían descubierto que podía usar una pala. Cavaba descalzo.

"Su cabello negro fluía sobre sus hombros. Supongo que fue Swaffer quien le había dado la vieja camisa de algodón a rayas; pero aún vestía los pantalones marrones nacionales (con los que había sido arrastrado a la costa) que se ajustaban a la pierna casi como mallas; estaba ceñido con un ancho cinturón de cuero tachonado con pequeños discos de latón; y nunca se había aventurado en el pueblo. La tierra que observaba le parecía mantenida con esmero, como los terrenos alrededor de la casa de un terrateniente; el tamaño de los caballos de tiro le sorprendía; los caminos parecían senderos de jardín, y el aspecto de la gente, especialmente los domingos, hablaba de opulencia. Se preguntaba qué los hacía tan insensibles y a sus niños tan atrevidos. Recibía su comida en la puerta trasera, la llevaba con ambas manos cuidadosamente a su cobertizo y, sentado solo en su jergón, hacía la señal de la cruz antes de comenzar. Al lado del mismo jergón, arrodillado en la oscuridad temprana de los días cortos, recitaba en voz alta el Padre Nuestro antes de dormir. Siempre que veía al viejo Swaffer, se inclinaba con veneración desde la cintura y permanecía erguido mientras el anciano, con los dedos sobre su labio superior, lo observaba en silencio. También se inclinaba ante la señorita Swaffer, quien llevaba frugalmente la casa para su padre —una mujer de hombros anchos y huesos grandes, de cuarenta y cinco años, con el bolsillo de su vestido lleno de llaves y una mirada gris y firme. Ella

era de la Iglesia —como decía la gente (mientras su padre era uno de los fideicomisarios de la Capilla Bautista)— y llevaba una pequeña cruz de acero en la cintura. Se vestía severamente de negro, en memoria de uno de los innumerables Bradley del vecindario, con quien se había comprometido hace unos veinticinco años —un joven granjero que se rompió el cuello cazando en vísperas del día de la boda. Tenía el semblante imperturbable de los sordos, hablaba muy raramente, y sus labios, delgados como los de su padre, a veces sorprendían con

un rizo misteriosamente irónico.

"Estas eran las personas a quienes debía lealtad, y una soledad abrumadora parecía caer del cielo plomizo de ese invierno sin sol. Todas las caras estaban tristes. No podía hablar con nadie y no tenía esperanza de entender nunca a nadie. Era como si esas hubieran sido las caras de personas del otro mundo —personas muertas— me contaba años después. Palabra, me sorprende que no se volviera loco. No sabía dónde estaba. En algún lugar muy lejos de sus montañas, en algún lugar al otro lado del agua. ¿Sería esto América, se preguntaba?"

"Si no hubiera sido por la cruz de acero en el cinturón de la señorita Swaffer, él confesó que no habría sabido si estaba en un país cristiano. Solía lanzar miradas furtivas hacia ella y se sentía reconfortado. ¡Aquí nada era igual que en su país! La tierra y el agua eran diferentes; no había imágenes del Redentor al borde del camino. La hierba misma era diferente, y los árboles. Todos los árboles, excepto los tres viejos pinos de Noruega en el césped frente a la casa de Swaffer, y estos le recordaban a su país. Una vez, al anochecer, lo sorprendieron con la frente apoyada en el tronco de uno de ellos, sollozando y hablando consigo mismo. Afirmó que en ese momento habían sido como hermanos para él. Todo lo demás era extraño. Imagina el tipo de existencia ensombrecida, oprimida, por las apariencias materiales cotidianas, como si fueran las visiones de una pesadilla. Por las noches, cuando no podía dormir, seguía pensando en la chica que le dio el primer pedazo de pan que había

comido en esta tierra extranjera. No había sido ni feroz, ni enojada, ni asustada. Su rostro lo recordaba como el único rostro comprensible entre todos estos rostros que estaban cerrados, misteriosos y mudos como los rostros de los muertos que poseen un conocimiento más allá de la comprensión de los vivos. Me pregunto si el recuerdo de su compasión le impidió cortarse la garganta. Pero ¡bah! Supongo que soy un viejo sentimentalista y olvido el instinto amoroso por la vida que solo la fuerza de una desesperación inusual puede superar.

"Hacía el trabajo que se le asignaba con una inteligencia que sorprendió al viejo Swaffer. Con el tiempo se descubrió que podía ayudar en el arado, ordeñar las vacas, alimentar a los novillos en el corral y era de alguna utilidad con las ovejas. También empezó a aprender palabras muy rápido; y de repente, una hermosa mañana de primavera, salvó de una muerte prematura a un nieto del viejo Swaffer.

"La hija menor de Swaffer está casada con Willcox, un abogado y el Secretario Municipal de Colebrook. Regularmente, dos veces al año, vienen a quedarse con el anciano durante unos días. Su única hija, una niña de no tres años en ese momento, salió sola de la casa en su pequeño delantal blanco, y, tambaleándose a través del césped de un jardín en terraza, se lanzó de cabeza sobre un muro bajo hacia el estanque de caballos en el patio de abajo.

"Nuestro hombre estaba en el campo con el carretero y el arado, en el campo más cercano a la casa, y mientras dirigía el equipo para comenzar un nuevo surco, vio, a través del hueco de la puerta, lo que para cualquier otra persona habría sido apenas un revoloteo de algo blanco. Pero tenía ojos directos, rápidos y de largo alcance, que solo parecían parpadear y perder su asombroso poder ante la inmensidad del mar. Iba descalzo y lucía tan exótico como el corazón de Swaffer podría desear. Dejando los caballos en el giro, para el disgusto inexprimible del carretero, saltó, avanzando sobre el terreno arado en largos saltos, y de repente apareció frente a la madre, puso al niño en sus brazos y se alejó a grandes zancadas.

"El estanque no era muy profundo; pero aún así, si no hubiera tenido tan buenos ojos, la niña habría perecido, miserablemente asfixiada en el pie o algo así de lodo pegajoso en el fondo. El viejo Swaffer salió lentamente al campo, esperó hasta que el arado llegara a su lado, lo observó bien y sin decir una palabra regresó a la casa. Pero desde ese momento le preparaban sus comidas en la mesa de la cocina; y al principio, la señorita Swaffer, toda vestida de negro y con un rostro inescrutable, venía y se paraba en la puerta de la sala de estar para verlo hacer una gran señal de la cruz antes de empezar a comer. Creo que desde ese día también, Swaffer comenzó a pagarle un salario regular."

"No puedo seguir paso a paso su desarrollo. Se cortó el cabello corto, se le veía en el pueblo y en el camino yendo y viniendo a su trabajo como cualquier otro hombre. Los niños dejaron de gritarle. Se dio cuenta de las diferencias sociales, pero durante mucho tiempo le sorprendió la extrema pobreza de las iglesias entre tanta riqueza. Tampoco entendía por qué estaban cerradas durante los días laborables. No había nada que robar en ellas. ¿Era para evitar que la gente rezara demasiado? La rectoría empezó a prestarle mucha atención en ese momento, y creo que las jóvenes intentaron preparar el terreno para su conversión. Sin embargo, no pudieron hacerle abandonar su hábito de hacerse la señal de la cruz, pero llegó tan lejos como para quitarse la cuerda con un par de medallas de bronce del tamaño de un seis peniques, una pequeña cruz metálica y un escapulario cuadrado que llevaba alrededor del cuello. Los colgó en la pared al lado de su cama, y todavía se le escuchaba todas las noches recitando el Padrenuestro, en palabras incomprensibles y en un tono lento y fervoroso, como había oído a su anciano padre hacer al frente de toda la familia arrodillada, grande y pequeña, todas las noches de su vida. Y aunque llevaba pantalones de pana en el trabajo y un traje de sal y pimienta hecho a máquina los domingos, los extraños se volvían para mirarlo en el camino. Su extranjería tenía un sello peculiar e indeleble. Al final, la gente se acostumbró a verlo. Pero nunca se acostumbraron a él. Su caminar rápido y rasante; su tez morena; su sombrero ladeado

sobre la oreja izquierda; su costumbre, en las tardes cálidas, de llevar el abrigo sobre un hombro, como un dolmán de húsar; su manera de saltar los estilos, no como una hazaña de agilidad, sino en el curso normal de la progresión—todas estas peculiaridades eran, por así decirlo, tantas causas de desprecio y ofensa para los habitantes del pueblo. No se tumbaban boca arriba en la hierba durante la hora de la comida para mirar el cielo. Tampoco andaban por los campos gritando melodías lúgubres. Muchas veces escuché su voz aguda desde detrás de la cresta de algún camino inclinado para ovejas, una voz ligera y elevada, como la de una alondra, pero con una nota humana melancólica, sobre nuestros campos que solo escuchan el canto de los pájaros. Y yo mismo me sobresaltaría. ¡Ah! Era diferente: inocente de corazón y lleno de buena voluntad, que nadie quería, este náufrago, que, como un hombre trasplantado a otro planeta, estaba separado por un espacio inmenso de su pasado y por una ignorancia inmensa de su futuro. Su habla rápida y ferviente realmente escandalizaba a todos. 'Un diablo excitable', lo llamaban. Una noche, en la sala del Coach and Horses (habiendo bebido algo de whisky), los alteró a todos cantando una canción de amor de su país. Le abuchearon para que se callara, y él se sintió herido; pero Preble, el carpintero cojo, y Vincent, el herrero gordo, y también los otros notables, querían beber su cerveza vespertina en paz. En otra ocasión intentó mostrarles cómo bailar. El polvo se levantaba en nubes del suelo arenoso; saltó directamente entre las mesas, golpeó los talones juntos, se agachó sobre un talón frente al viejo Preble, estirando la otra pierna, soltó gritos salvajes y jubilosos, saltó para girar sobre un pie, chasqueando los dedos sobre su cabeza—y un carretero extraño que estaba tomando una copa allí empezó a maldecir y se fue con su medio pinta en la mano al bar. Pero cuando de repente saltó sobre una mesa y continuó bailando entre los vasos, el dueño intervino. No quería 'trucos de acróbata en la sala'. Le pusieron las manos encima. Habiendo bebido uno o dos vasos, el extranjero del señor Swaffer intentó protestar: fue expulsado por la fuerza: se llevó un ojo morado.

"Creo que sintió la hostilidad de su entorno humano. Pero era resistente, resistente de espíritu también, así como de cuerpo. Solo el recuerdo del mar lo asustaba, con ese terror vago que deja un mal sueño. Su hogar estaba lejos; y ahora no quería ir a América. A menudo le había explicado que no hay lugar en la tierra donde el oro verdadero pueda encontrarse listo para ser recogido con solo el esfuerzo de hacerlo. Entonces, preguntó, ¿cómo podría volver a casa con las manos vacías cuando se había vendido una vaca, dos ponis y un trozo de tierra para pagar su viaje? Sus ojos se llenaban de lágrimas, y, apartando la mirada del inmenso brillo del mar, se arrojaba boca abajo sobre la hierba. Pero a veces, colocando su sombrero con un aire un poco conquistador, desafiaba mi sabiduría. Había encontrado su trozo de oro verdadero. Ese era el corazón de Amy Foster; que era 'un corazón de oro, y blando ante la miseria de la gente', decía con acentos de convincente certeza.

"Le llamaban Yanko. Había explicado que eso significaba Juanito; pero como también repetía muy a menudo que era montañés (una palabra que sonaba en el dialecto de su país como Goorall) se quedó con eso como apellido. Y esta es la única huella de él que las futuras generaciones podrán encontrar en el registro de matrimonios de la parroquia. Allí está—Yanko Goorall—escrito por el rector. La cruz torcida hecha por el náufrago, una cruz cuyo trazado sin duda le pareció la parte más solemne de toda la ceremonia, es todo lo que queda ahora para perpetuar la memoria de su nombre.

"Su cortejo duró algún tiempo, desde que consiguió un precario lugar en la comunidad. Comenzó comprando para Amy Foster una cinta de raso verde en Darnford. Eso es lo que se hacía en su país. Comprabas una cinta en un puesto judío en un día de feria. No supongo que la chica supiera qué hacer con ella, pero él parecía pensar que sus intenciones honorables no podían ser malinterpretadas."

Fue solo cuando declaró su intención de casarse que comprendí completamente cómo, por cientos de razones fútiles e inapreciables, ¿cómo debería decirlo?, era odioso para toda la campiña. Todas las

ancianas del pueblo estaban en armas. Smith, al encontrarlo cerca de la granja, prometió romperle la cabeza si lo veía por allí de nuevo. Pero él retorció su pequeño bigote negro con un aire belicoso y lanzó a Smith unas miradas tan grandes, negras y feroces que esa promesa quedó en nada. Sin embargo, Smith le dijo a la chica que debía estar loca por fijarse en un hombre que seguramente tenía problemas mentales. Aun así, cuando ella lo escuchaba al anochecer silbar desde más allá del huerto un par de compases de una melodía extraña y melancólica, ella dejaba caer lo que tuviera en la mano, dejaba a la señora Smith a mitad de una frase y corría al llamado de él. La señora Smith la llamó descarada sin vergüenza. Ella no respondió nada. No dijo nada a nadie y siguió su camino como si fuera sorda. Solo ella y yo, en toda la tierra, creo, podíamos ver su verdadera belleza. Era muy apuesto y de porte más elegante, con algo salvaje como de criatura del bosque en su aspecto. Su madre se lamentaba tristemente sobre ella cada vez que la chica la visitaba en su día libre. El padre era hosco, pero pretendía no saber; y la señora Finn una vez le dijo claramente que "este hombre, querida, te hará daño algún día". Y así continuó. Se les podía ver en los caminos, ella caminando sólidamente con su atuendo elegante—vestido gris, pluma negra, botas robustas, guantes de algodón blancos prominentes que llamaban la atención a cien yardas de distancia; y él, con su abrigo colgado pintorescamente sobre un hombro, caminando a su lado, gallardo y lanzando miradas tiernas a la chica con el corazón de oro. Me pregunto si él veía lo poco atractiva que era. Quizás entre tipos tan diferentes a los que había visto antes, no tenía la capacidad de juzgar; o quizás fue seducido por la calidad divina de su piedad.

Yanko, mientras tanto, estaba en grandes apuros. En su país, consigues a un hombre mayor como embajador en asuntos matrimoniales. No sabía cómo proceder. Sin embargo, un día, en medio de ovejas en un campo (ahora era el subpastor de Swaffer con Foster), se quitó el sombrero ante el padre y se declaró humildemente. "Supongo que ella es lo suficientemente tonta para casarse contigo", fue todo lo que dijo Foster. "Y entonces", solía

relatar, "se pone el sombrero en la cabeza, me mira con ojos negros como si quisiera cortarme el cuello, silba al perro y se va, dejándome hacer el trabajo". Los Foster, por supuesto, no querían perder el salario que la chica ganaba: Amy solía darle todo su dinero a su madre. Pero en Foster había una aversión muy genuina a esa unión. Alegaba que el tipo era muy bueno con las ovejas, pero no era adecuado para que ninguna chica se casara con él. Por un lado, solía caminar a lo largo de los setos murmurando para sí mismo como un maldito tonto; y luego, estos extranjeros a veces se comportan de manera muy extraña con las mujeres. Y tal vez querría llevársela a algún lugar, o huir él mismo. No era seguro. Le predicaba a su hija que el tipo podría maltratarla de alguna manera. Ella no respondía. En el pueblo decían que era como si el hombre le hubiera hecho algo. La gente discutía el asunto. Fue bastante emocionante, y los dos continuaron "saliendo juntos" frente a la oposición. Entonces sucedió algo inesperado.

"No sé si el viejo Swaffer entendía cuánto lo veía su sirviente extranjero como a un padre. De todos modos, la relación era curiosamente feudal. Así que cuando Yanko pidió formalmente una entrevista —'y la señorita también' (él llamaba a la severa y sorda señorita Swaffer simplemente Miss)—, fue para obtener su permiso para casarse. Swaffer lo escuchó impasible, lo despidió con un gesto y luego gritó la noticia al mejor oído de la señorita Swaffer. Ella no mostró sorpresa y solo comentó con sequedad, con una voz apagada y vacía, 'Ciertamente no conseguiré que ninguna otra chica se case con él'.

"Es la señorita Swaffer quien tiene todo el crédito de la munificencia: pero en muy pocos días se supo que el señor Swaffer había regalado a Yanko una casa de campo (la casa que has visto esta mañana) y algo así como una acre de terreno—se la había transferido como propiedad absoluta. Willcox agilizó la escritura, y recuerdo que me dijo que había tenido mucho placer en prepararla. Recitaba: 'En consideración de salvar la vida de mi querida nieta, Bertha Willcox'.

"Por supuesto, después de eso, ninguna fuerza en la tierra podría impedir que se casaran.

"Su fascinación perduró. La gente la veía salir a su encuentro por las tardes. Ella miraba con ojos fascinados y fijos el camino por donde se esperaba que apareciera él, caminando libremente, con un balanceo de cadera, y tarareando una de las melodías de amor de su país. Cuando nació el niño, celebró en el 'Coach and Horses', intentó nuevamente cantar y bailar, y fue expulsado otra vez. La gente expresaba su compasión por una mujer casada con ese saltimbanqui. A él no le importaba. Había un hombre ahora (me dijo jactanciosamente) a quien podría cantar y hablar en el idioma de su país, y enseñar cómo bailar eventualmente.

"Pero no sé. Para mí parecía haber perdido algo de elasticidad en su paso, más pesado de cuerpo, menos agudo de vista. Sin duda, imaginación; pero ahora me parece como si la red del destino ya se hubiera cerrado más alrededor de él.

"Un día lo encontré en el sendero sobre la colina de Talfourd. Me dijo que 'las mujeres eran curiosas'. Ya había oído hablar de diferencias domésticas. La gente decía que Amy Foster estaba comenzando a descubrir qué tipo de hombre había casado. Miraba al mar con ojos indiferentes y ausentes. Su esposa había arrebatado al niño de sus brazos un día mientras él se sentaba en el umbral cantándole una canción como las que las madres cantan a los bebés en sus montañas. Parecía pensar que le estaba haciendo algún daño. Las mujeres son curiosas. Y se había opuesto a que él rezara en voz alta por las noches. ¿Por qué? Esperaba que el niño repitiera la oración en voz alta después de él más adelante, como él solía hacer después de su viejo padre cuando era un niño en su propio país. Y descubrí que anhelaba que su hijo creciera para tener un hombre con quien hablar en ese idioma que para nuestros oídos sonaba tan perturbador, tan apasionado y tan extraño. Por qué a su esposa no le gustaba la idea, él no podía decirlo. Pero eso pasaría, dijo él. E inclinando la cabeza con conocimiento, se golpeó el pecho

para indicar que ella tenía un buen corazón: no duro, no feroz, abierto a la compasión, icaritativo con los pobres!

Me alejé pensativo; me preguntaba si su diferencia, su extrañeza, no estaban penetrando con repulsión esa naturaleza embotada que inicialmente habían atraído de manera irresistible. Me lo preguntaba...

El doctor se acercó a la ventana y miró hacia el esplendor frígido del mar, inmenso en la bruma, como si encerrara toda la tierra con todos los corazones perdidos entre las pasiones del amor y el miedo.

"Fisiológicamente, ahora," dijo, girándose abruptamente, "era posible. Era posible."

Permaneció en silencio. Luego continuó—

"En cualquier caso, la próxima vez que lo vi, estaba enfermo— problemas pulmonares. Era resistente, pero me atrevo a decir que no estaba tan aclimatado como había supuesto. Fue un invierno duro; y, por supuesto, estos montañeses tienen episodios de nostalgia; y un estado de depresión lo haría vulnerable. Estaba acostado medio vestido en un sofá en la planta baja.

"Una mesa cubierta con un mantel oscuro ocupaba todo el centro de la pequeña habitación. Había una cuna de mimbre en el suelo, un hervidor soltando vapor en la hornilla, y algo de ropa de niño secándose en la repisa de la chimenea. La habitación estaba cálida, pero la puerta se abre directamente al jardín, como quizás hayas notado.

"Estaba muy febril y seguía murmurando para sí mismo. Ella se sentó en una silla y lo miró fijamente desde el otro lado de la mesa con sus ojos marrones, borrosos. '¿Por qué no lo llevas arriba?' pregunté. Con un sobresalto y un tartamudeo confuso, dijo, 'Oh, ¡ah! No podría sentarme con él arriba, señor.'

"Le di ciertas instrucciones; y al salir, dije nuevamente que debería estar en cama arriba. Ella se retorció las manos. 'No puedo. No puedo. Sigue diciendo algo, no sé qué.' Con el recuerdo de todas las

críticas contra el hombre que le habían taladrado los oídos, la miré detenidamente. Miré en sus ojos cortos de vista, en sus ojos mudos que una vez en su vida habían visto una forma atractiva, pero que parecían, al mirarme, no ver nada en absoluto ahora. Pero vi que estaba inquieta.

"¿Qué le pasa?' preguntó con una especie de vacilante temor. 'No parece estar muy enfermo. Nunca vi a nadie con este aspecto antes...'

"¿Crees,' pregunté indignado, 'que está fingiendo?'

"No puedo evitarlo, señor,' dijo con solidez. Y de repente se llevó las manos a la cabeza y miró a derecha e izquierda. 'Y está el bebé. Estoy tan asustada. Justo ahora quería que le diera el bebé. No entiendo lo que le dice.'

"¿No puedes pedirle a una vecina que venga esta noche?' pregunté.

"Por favor, señor, parece que a nadie le importa venir,' murmuró, resignada de repente."

Le recalqué la necesidad de tener el mayor cuidado, y luego tuve que irme. Había bastante enfermedad ese invierno. "¡Oh, espero que no hable!" exclamó suavemente justo cuando me iba.

No sé cómo no lo vi, pero no lo hice. Y sin embargo, girando en mi carruaje, la vi quedarse frente a la puerta, muy quieta, como meditando una huida por el camino embarrado.

Hacia la noche, su fiebre aumentó.

Se revolvía, gemía y de vez en cuando murmuraba una queja. Y ella se sentó con la mesa entre ella y el sofá, observando cada movimiento y cada sonido, con el terror, el terror irracional, de ese hombre que no podía entender apoderándose de ella. Había acercado la cuna de mimbre a sus pies. No había en ella nada más que el instinto maternal y ese miedo incomprensible.

De repente, recobrando la conciencia, abrasado, pidió un trago de agua. Ella no se movió. No había entendido, aunque él podría haber pensado que hablaba en inglés. Él esperó, mirándola, ardiendo en fiebre, asombrado por su silencio e inmovilidad, y luego gritó impaciente, "¡Agua! ¡Dame agua!"

Ella saltó de su silla, agarró al niño y se quedó quieta. Él le habló, y sus apasionadas recriminaciones solo aumentaron su miedo a ese hombre extraño. Creo que le habló durante mucho tiempo, suplicando, preguntándose, implorando, ordenando, supongo. Ella dice que lo soportó tanto como pudo. Y luego le sobrevino un arrebató de ira.

Se sentó y gritó terriblemente una palabra, alguna palabra. Luego se levantó como si no hubiera estado enfermo en absoluto, dice ella. Y mientras, en el desconcierto febril, indignación y asombro, intentaba acercarse a ella rodeando la mesa, ella simplemente abrió la puerta y salió corriendo con el niño en brazos. Escuchó cómo él la llamaba dos veces por la carretera con una voz terrible, y huyó... Ah, ¡pero deberías haber visto agitarse detrás de la mirada embotada y borrosa de sus ojos el espectro del miedo que la había perseguido esa noche tres millas y media hasta la puerta de la casa de los Foster! Lo vi al día siguiente.

Y fui yo quien lo encontré tendido boca abajo y su cuerpo en un charco, justo fuera del pequeño portón.

Me habían llamado esa noche por un caso urgente en el pueblo, y al volver a casa al amanecer pasé por la casa de campo. La puerta estaba abierta. Mi ayudante me ayudó a llevarlo adentro. Lo colocamos en el sofá. La lámpara humeaba, el fuego se había apagado, el frío de la noche tormentosa se filtraba desde el deprimente papel amarillo de la pared. "¡Amy!" llamé en voz alta, y mi voz parecía perderse en el vacío de esta pequeña casa como si hubiera gritado en un desierto. Él abrió los ojos. "¡Se fue!" dijo claramente. "Solo había pedido agua... solo un poco de agua..."

Estaba cubierto de barro. Lo cubrí y me quedé esperando en silencio, captando alguna palabra jadeante de vez en cuando. Ya no eran en su propio idioma. La fiebre lo había abandonado, llevándose consigo el calor de la vida. Y con su pecho jadeante y ojos brillantes, me recordaba de nuevo a una criatura salvaje bajo la red; a un pájaro atrapado en una trampa. Ella lo había dejado. Lo había dejado—enfermo—impotente—sediento. La lanza del cazador había entrado en su alma misma. "¿Por qué?" gritó con la voz penetrante e indignada de un hombre que llama a un Creador responsable. Una ráfaga de viento y un chorro de lluvia respondieron.

Y mientras me alejaba para cerrar la puerta, pronunció la palabra "¡Misericordioso!" y expiró.

Finalmente certifiqué la falla cardíaca como la causa inmediata de la muerte. Su corazón realmente debió haberle fallado, o de lo contrario podría haber resistido también esta noche de tormenta y exposición. Le cerré los ojos y me alejé. No muy lejos de la casa de campo me encontré con Foster caminando con firmeza entre los setos goteantes con su collie a sus talones.

"¿Sabes dónde está tu hija?" pregunté.

"¡Claro que sí!" exclamó. "Voy a hablar un poco con él. Asustando a una pobre mujer de esta manera."

"Ya no la asustará más," dije. "Está muerto."

Golpeó el barro con su bastón.

"Y está el niño."

Luego, después de pensar profundamente por un momento—

"No sé si no es lo mejor."

Eso es lo que dijo. Y ella ahora no dice nada en absoluto. Ni una palabra sobre él. Nunca. ¿Ha desaparecido su imagen por completo de su mente, así como su figura ágil y caminante, su voz cantarina han desaparecido de nuestros campos? Ya no está ante sus ojos para excitar su imaginación en una pasión de amor o miedo; y su

memoria parece haberse desvanecido de su mente embotada como pasa una sombra en una pantalla blanca. Ella vive en la casa de campo y trabaja para la señorita Swaffer. Es Amy Foster para todos, y el niño es "el niño de Amy Foster". Ella lo llama Johnny, que significa Pequeño John.

Es imposible decir si este nombre le recuerda algo. ¿Piensa alguna vez en el pasado? La he visto inclinarse sobre la cuna del niño con una verdadera pasión de ternura maternal. El pequeño yacía de espaldas, un poco asustado por mí, pero muy quieto, con sus grandes ojos negros, con su aire sobresaltado de un pájaro en una trampa. Y al mirarlo parecía ver de nuevo al otro—al padre, misteriosamente expulsado por el mar para perecer en el supremo desastre de la soledad y la desesperación.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**

1. [Amy Foster - Joseph Conrad](#)
2. [Amy Foster](#)
3. [Joseph Conrad](#)